

Presencia y acción del Espíritu Santo en el Nuevo Testamento

Pedro Mendoza Magallón, L.C.

Profesor ordinario de teología del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.

La presencia y la acción del Espíritu Santo ocupa un puesto singular en los escritos tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento¹. En los escritos del Antiguo Testamento el Espíritu Santo aparece como la fuerza potente de Dios que desciende sobre los individuos equipándolos para cumplir una determinada misión en la comunidad. Lo característico en el Antiguo Testamento es que ese poder del Espíritu «cae» solamente sobre determinados individuos que han recibido un llamado para realizar una misión en la comunidad. Así acontece, por ejemplo, en los casos de José, Moisés y Josué, en quienes toma morada el Espíritu (Santo). Lo mismo pasa en la vida de algunos jueces como Gedeón y Sansón, y de algunos de los reyes como Saúl y David². Entre los profetas la presencia del Espíritu Santo se hace sentir de manera particular en el caso de Elías, de Joel, de Isaías y de Ezequiel³.

¹ En la elaboración del artículo ha servido de guía la obra: H. ESTRADA, *El Espíritu Santo en la Biblia y en nuestra vida*, San Pablo, Bogotá 1998.

² Del rey Saúl, por sus repetidas desobediencias a Dios, el Espíritu del Señor se aparta de él (cf. *1Sam* 16,14). De David, ya en el momento mismo de su consagración como rey, por medio de Samuel, se indica que el Espíritu del Señor toma posesión de él (cf. *1Sam* 16,13).

³ Entre los profetas, hay que mencionar a Elías, descrito como un hombre lleno del Espíritu Santo al punto de que, cuando está a punto de partir de este mundo, su discípulo, el profeta Eliseo, le ruega que le otorgue «una doble porción del Espíritu que él tiene» (cf. *2Re* 2,9). El profeta Joel es recordado por haber profetizado la época venidera en la que habría una manifestación del Espíritu en toda la humanidad, alcanzando incluso a los niños y a los esclavos (cf. *Jl* 2, 28-29). Isaías anuncia al Mesías como el portador de los «siete» dones del Espíritu Santo (cf. *Is* 11,2); lo señala luego como en quien Dios ha puesto su espíritu para que traiga la justicia a todas las naciones (cf. *Is* 42,1); y profetiza que su llegada se distinguirá porque el Espíritu del Señor estará sobre él, a quien el Señor enviará para dar buenas noticias a los pobres, para aliviar a los afligidos, para anunciar libertad a los presos, libertad a los que están en la cárcel (cf. *Is* 61,7). El profeta Ezequiel es destinatario de mayores manifestaciones del Espíritu del Señor, recibidas a través de experiencias carismáticas. En primer lugar, el Espíritu entra en él y lo hace tenerse en pie para escuchar su mensaje (cf. *Ez* 2,2); luego lo hace permanecer en su casa y le priva del habla; solamente le es posible hablar cuando el Espíritu lo impulsa; de este modo el pueblo comprenderá que es un verdadero profeta de Dios (cf. *Ez* 3,26-27). El Espíritu de Dios se hace presente en la vida de Ezequiel por medio

El presente artículo pretende ofrecer una recolección ordenada de las referencias a la presencia y acción del Espíritu Santo contenidas en el Nuevo Testamento, particularmente en los evangelios junto con los Hechos de los apóstoles y las cartas del apóstol Pablo. En los evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas), de manera especial, aparece realizada la acción del Espíritu Santo en Jesús y en algunas personas que están en torno a Él. En estos evangelios la doctrina de Jesús acerca del Espíritu Santo ocupa poco espacio. En cambio, en el evangelio de Juan y en las cartas de Pablo, la enseñanza acerca del Espíritu Santo resulta más amplia.

1. Presencia del Espíritu Santo en la vida de Jesús

a. En el entorno del nacimiento de Jesús

La vida de Jesús está enlazada a la presencia del Espíritu Santo desde los primeros momentos de su origen terreno. La concepción de Jesús en el seno de la Virgen María es obra del Espíritu Santo (cf. Mt 1,18), de modo semejante el evangelista Lucas refiere este hecho (cf. Lc 1,35). Pero, en estos pasajes, en realidad la destinataria directa de la presencia y acción del Espíritu Santo es María, la madre de Jesús. Ella ha sido elegida por Dios para generar, sin concurso del esposo humano, José, a su hijo, Jesús, por intervención del Espíritu Santo.

Hay también otros acontecimientos relacionados con el nacimiento de Jesús, en donde se percibe la presencia y acción del Espíritu Santo. Los pasajes relacionados con el nacimiento y primeros años de la vida de Juan Bautista están marcados por la presencia del Espíritu Santo, de quien se afirma expresamente que «estará lleno de Espíritu Santo ya desde el seno de su madre» (cf. Lc 1,15b); su padre Zacarías queda también lleno de Espíritu Santo y profetiza sobre el destino de su hijo el precursor (cf. Lc 1,67). Más adelante se dice de Juan Bautista que «crecía y se fortificaba en el Espíritu» (cf. Lc 1,80a).

Las referencias en la vida del precursor a la presencia y la acción del Espíritu, vistas en su contexto, revelan que esto mismo acontece en la vida de Jesús en un nivel bastante más superior al de su precursor. La presencia del Espíritu mueve a diversos testigos a dar testimonio de la singularidad del niño Jesús. En el caso de

de visiones. En una de ellas, el Espíritu lo toma por el cabello y lo conduce a una experiencia mística en Jerusalén, a su templo (cf. Ez 8,3). En la famosa visión del valle de los huesos secos, el profeta ve un sinnúmero de huesos secos a los que el Señor infunde su aliento, y esos huesos cobran vida ante las palabras del Señor: «Infundiré mi espíritu en ustedes y vivirán» (cf. Ez 37,14).

Isabel, prima de María, en cuanto oye su saludo, salta de gozo el niño en su seno, y ella queda llena de Espíritu Santo (cf. *Lc* 1,41). El anciano Simeón, en quien estaba el Espíritu Santo, que le había revelado que no vería la muerte antes de haber visto al Cristo del Señor, siguiendo la moción del Espíritu acude al templo cuando los padres del niño Jesús lo llevan ahí para cumplir la ley del Señor. Entonces Simeón prorrumpe en alabanza al Señor (cf. *Lc* 2,25-27). Una experiencia espiritual similar vive la anciana Ana en ese mismo acontecimiento de la presentación del niño Jesús en el Templo (cf. *Lc* 2,36-38).

b. Al inicio de la vida pública de Jesús

La presencia del Espíritu Santo es constante a lo largo de toda la vida pública de Jesús. *Mt* 4,1 señala el inicio de esta etapa en la vida de Jesús indicando que fue conducido por el Espíritu Santo al desierto. El texto dice expresamente que el Espíritu «empuja» a Jesús al desierto para ser tentado por el diablo. La voluntad del Padre es que, en medio del desierto, Jesús defina su posición con relación al cumplimiento de la misión que le fue confiada: que rechace todo camino fácil y escoja el camino de la cruz.

A continuación de su permanencia en el desierto tiene lugar el bautismo de Jesús en el río Jordán (cf. *Mt* 3,16-17; *Mc* 1,10-11; *Lc* 3,21-22; *Jn* 1,32-34). Mientras Jesús recibe el bautismo acontece el descenso del Espíritu Santo sobre Él, como testimonio el precursor, juntamente con la voz del cielo que confirma: «Y se oyó una voz que venía de los cielos: "Tú eres mi Hijo amado, en tí me complazco"» (*Mc* 1,11). Cuando Jesús escucha la voz del Padre, entiende que es la señal para que inicie su misión evangelizadora.

Después del bautismo, Jesús se dirige a la sinagoga de Cafarnaúm y comienza su predicación confirmando el cumplimiento en Él de las palabras del profeta Isaías respecto a la manifestación del Mesías: «El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor» (*Lc* 4,18-19). Jesús, concluida la lectura, inmediatamente ratifica su cumplimiento como obra del Espíritu Santo que está sobre Él: «Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy» (*Lc* 4,21).

c. Cuatro figuras que simbolizan la presencia del Espíritu Santo

Paloma: este símbolo proviene del relato de Juan Bautista. Estando el precursor bautizando en el río Jordán, cuando Jesús acude a ser bautizado por él, entonces ve que una paloma se posa

sobre la cabeza de Jesús, y oye una voz del cielo: «Este es mi Hijo amado» (*Mt 3,17*; cf. *Mc 1,11*; *Lc 3,22*). A partir de esa experiencia del bautismo, Jesús entiende que el Espíritu Santo constituye el equipamiento característico de su misión, así lo deja entrever el evangelista Juan cuando afirma: «He visto al Espíritu que bajaba como una paloma del cielo y se quedaba sobre él» (*Jn 1,32*).

Fuego: esta figura tiene también origen en Juan Bautista. Él distingue entre su bautismo con agua (para la conversión de los pecadores) del bautismo de quien viene detrás de él y bautizará en Espíritu Santo y fuego (cf. *Mt 3,11*). De este modo alude a la obra purificadora (como el fuego) del Espíritu Santo.

Viento: en el diálogo de Jesús con Nicodemo, el Maestro le ayuda a comprender al fariseo la acción del Espíritu comparándola con el viento: esta es así como el viene que no se puede ver, pero sus efectos son perceptibles (cf. *Jn 3,8*). Es una obra misteriosa, espiritual, pero que puede apreciarse a través de sus dones de poder y de sus frutos de santidad en quien queda lleno del Espíritu Santo.

Agua: Jesús aprovecha la aglomeración con motivo de la fiesta de los tabernáculos⁴ para alzarse y gritar: «Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba. El que crea en mí, como dice la Escritura: De su seno correrán ríos de agua viva» (*Jn 7,37b-38*). El evangelista Juan, comentando este acontecimiento, añade: «Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él. Porque aún no había Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado» (*Jn 7,39*). Según Jesús, el Espíritu Santo se manifiesta en el individuo como «ríos de agua viva» (cf. *Jn 7,38*); como «vida abundante» (cf. *Jn 10,10*).

d. En la última cena y en el tiempo pascual

Durante la última cena, Jesús, captando el desconuelo de sus discípulos ante el anuncio de su partida, buscando confortarlos, les promete el don del Espíritu: «yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre» (*Jn 14,16*). Su Espíritu Santo no estaría con ellos, como un compañero de camino, sino que incluso tomará morada en ellos, será su huésped interior (cf. *Jn 14,17*).

La primera providencia que lleva adelante Jesús resucitado en su primera aparición a sus apóstoles es entregarles el Espíritu Santo.

⁴ De acuerdo con la costumbre del pueblo judío, el día de los tabernáculos (cf. *Lv 23,33-36*), en memoria de los cuarenta años del pueblo de Israel por el desierto, los judíos moraban durante una semana en una cabaña provisional o *sucot*, levantadas alrededor del templo. El último día, el sacerdote, llevando un jarrón de oro lleno de agua, lo derramaba junto a las gradas del templo.

Durante su vida terrena Jesús es solo beneficiario del Espíritu (como lo fueron los profetas en el Antiguo Testamento) y todavía no es «donador» del Espíritu. Pero, a partir de los eventos pascales (muerte y resurrección), se realiza ese cambio. Ahora Jesús se convierte en «donador» del Espíritu Santo. Se muestra a sus discípulos y, después de mostrarles las manos y el costado –donde están las huellas de los clavos y de la lanza– y desearles la paz, sopla sobre ellos y les dice: «Recibid el Espíritu Santo» (cf. *Jn* 20,22b). Les entrega el Espíritu Santo como adelanto de Pentecostés.

En el último encuentro de Jesús resucitado con sus discípulos, les prohíbe alejarse de Jerusalén hasta que sean revestidos de «poder desde lo alto», es decir el poder del Espíritu Santo: «Mirad, y voy a enviar sobre vosotros la Promesa de mi Padre. Por vuestra parte permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de poder desde lo alto» (*Lc* 24,49).

2. El Espíritu Santo en los discípulos y en la primera comunidad cristiana

Dios quiere donar una nueva efusión del Espíritu a quien se lo pida: una vez convertidos, lo único que el Señor solicita es pedir con confianza el Espíritu Santo. El mismo Jesús asegura que, si un hijo le pide pan a su padre, éste no le va a dar una piedra (cf. *Lc* 11,11-12). Y añade: «¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan!» (*Lc* 11,13b). Como condiciones para poder recibir este don del Espíritu Santo, Jesús señala las siguientes: primeramente, a los discípulos en la última cena les recuerda la necesidad de no ser del mundo (cf. *Jn* 15,19); en segundo lugar, previamente, a la mujer samaritana había señalado la necesidad de la conversión (cf. *Jn* 4); por último, la plena manifestación y la permanencia del Espíritu Santo se darán en quienes cumplen los mandamientos y guardan su palabra (cf. *Jn* 14,22-24).

a. Modalidad como interviene el Espíritu Santo

En la última cena, en el clima de tristeza que predomina en el ambiente ante el anuncio de la próxima partida de Jesús, Él garantiza a sus discípulos que no los dejará huérfanos. Les promete un paráclito: «y yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce. Pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros» (*Jn* 14,16-17).

Jesús indica tres modalidades como interviene el Espíritu Santo. Una primera forma que reviste es la de *juez*. Cuando venga el

Paráclito convencerá el mundo de pecado, de justicia y de juicio (cf. *Jn* 16,8). Convencerá al mundo de pecado, como acontece a los oyentes de la predicación de Pedro en Pentecostés: «Al oír esto, dijeron con el corazón compungido a Pedro y a los demás apóstoles: “¿Qué hemos de hacer, hermanos?”» (*Hch* 2,37); y lo convencerá también de justicia y de juicio, como sucede ya en la misma confesión que realiza el centurión al ver a Jesús muriendo en la cruz: «Al ver el centurión, que estaba frente a él, que había expirado de esa manera, dijo: “Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios”» (*Mc* 15,39).

En segundo lugar, el Espíritu Santo desempeña una misión de enseñanza, pues actúa como *maestro*. En su discurso a los discípulos durante la última cena Jesús anticipa: «Mucho tengo todavía que deciros, pero ahora no podéis con ello. Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir» (*Jn* 16,12-13). El Espíritu Santo enseñará todo, recordará para poner en práctica, ayudará a «dar testimonio» de Jesús, como acontecerá en Pentecostés y luego en la realización del ministerio de los primeros diáconos y de los apóstoles. El Espíritu Santo indicará las «cosas que van a suceder» (cf. *Jn* 16,13) (esto es una parte del don de profecía). El Espíritu Santo guiará hacia toda la verdad (cf. *Jn* 16,13; *Hb* 1,1-2).

En tercer lugar, Jesús indica a sus discípulos que el Espíritu Santo actúa como *testimonio*: «Él me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros» (*Jn* 16,14). Misión del Espíritu Santo es, por tanto, «hablar de Jesús», «ayudar a conocer mejor a Jesús». El Espíritu Santo da testimonio de la obra que Jesús vino a realizar a este mundo.

b. El Espíritu Santo en la primera comunidad cristiana

El libro de los Hechos de los apóstoles recoge las condiciones para recibir la efusión del Espíritu Santo, las cuales cumple fielmente la primera comunidad cristiana compuesta por los discípulos en compañía de la Madre de Jesús. Ellos, obedientes a la palabra del Señor, deben permanecer en Jerusalén (de acuerdo con la palabra de Dios, escuchada y puesta en práctica), en un ambiente de oración junto con María, y en comunión de espíritu (esto es de caridad, cf. *Hch* 1,14).

Después de la efusión del Espíritu Santo el día de Pentecostés, en que todos ellos reciben el bautismo en el Espíritu Santo (cf. *Hch* 1,5), tienen lugar otras efusiones. Ante la persecución religiosa desencadenada contra los miembros de la comunidad de Jerusalén,

reunidos en oración imploran la intercesión del Señor, quien derrama una vez más sobre ellos su Espíritu (cf. *Hch* 4,31). Los apóstoles Pedro y Juan van a visitar a los cristianos de Samaria, oran por los miembros de esa comunidad y, al imponerles las manos, obtienen para ellos el don del Espíritu Santo (cf. *Hch* 8,14-17). La efusión del Espíritu Santo no tiene como destinatarios solo a grupos o comunidades sino también se da en modo individual, como es el caso del apóstol Pedro quien, cuando es conducido ante el sanedrín para ser juzgado, «es colmado del Espíritu Santo» (cf. *Hch* 4,8). De manera similar, el apóstol Pablo es destinatario de una efusión del Espíritu Santo mientras pronuncia su juicio frente al mago Elimas (cf. *Hch* 13,8-11).

En diversos momentos, en el libro de los Hechos de los Apóstoles, se habla de «hombres llenos del Espíritu Santo». Al examinar esos pasajes, se observa cómo obra el Espíritu Santo en ellos y los potencia para llevar adelante su misión. A continuación, sigue una referencia a algunos de esos pasajes.

El día de Pentecostés, el Espíritu Santo invade a los 120 seguidores de Jesús reunidos en el cenáculo, los enciende en fuego misionero y les da poder para proclamar la Buena Nueva, hablando en diversos idiomas, según la lengua nativa de los diversos oyentes (cf. *Hch* 2). Más adelante, durante la persecución contra la comunidad, después de ser juzgados y amenazados por las autoridades judías para que no hablen o enseñen en el nombre de Jesús, mientras están reunidos en oración, vuelven a quedar llenos del Espíritu Santo (cf. *Hch* 4,1-30): «Acabada su oración, retembló el lugar donde estaban reunidos, y todos quedaron llenos del Espíritu Santo y predicaban la Palabra de Dios con valentía» (*Hch* 4,31).

Entre los siete recién constituidos diáconos para el servicio de los más necesitados de la comunidad hay referencias singulares de su estar «llenos del Espíritu Santo». El diácono Esteban, en su proclamación de la Buena Nueva, aparece como un hombre «lleno del Espíritu Santo». Cuantos intentan rebatirlo no pueden resistir a la sabiduría y al Espíritu con que habla (cf. *Hch* 6,8-10). El estar «lleno del Espíritu Santo» en el diácono Felipe queda reflejado en el episodio de su encuentro con el eunuco etíope. Felipe, impulsado por el Espíritu Santo, acoge con prontitud la llamada a ponerse en camino y a acercarse al carruaje del etíope eunuco; no sabe para qué ha sido conducido hasta ahí. Pero, una vez junto al carruaje, comprende que su misión es explicar las Escrituras a aquel pagano anunciándole la Buena Nueva de Jesús, y termina bautizándolo (cf. *Hch* 8,26-40).

La presencia del Espíritu Santo tiene lugar también en otros personajes, como es el caso de Ananías y Saulo de Tarso, el perse-

guidor, quien más adelante se convertirá en Pablo, el apóstol de los gentiles. Ananías es el instrumento que Dios emplea para que Saulo de Tarso reciba, por medio de la imposición de las manos, la salud y para que sea llenado del Espíritu Santo (cf. *Hch* 9,10-17). Del mismo modo acontece la manifestación del Espíritu Santo en algunos episodios relacionados con el apóstol Pedro. En cierta ocasión, estando en Jafa, mientras está en una terraza, en actitud de oración, recibe una comunicación por medio de la cual el Espíritu Santo lo empuja para que vaya a la casa del centurión Cornelio en Cesarea Marítima, y comience así la evangelización entre los paganos (cf. *Hch* 10,9-48).

En la misma línea de destinatarios de la presencia y acción del Espíritu Santo en la obra de la evangelización se coloca Bernabé (cf. *Hch* 11,22-24). Cuando la comunidad de Jerusalén necesita un «evangelizador» para ser enviado a la ciudad de Antioquía, no duda en escoger a Bernabé, porque es un hombre «lleno del Espíritu Santo». Es en esa misma comunidad de Antioquía donde poco más adelante, mientras la comunidad permanece en intensa oración, el Espíritu Santo se comunica con ellos y les indica que deben enviar a Bernabé y a Saulo a una misión para la que los ha llamado (cf. *Hch* 13,2). En esa misma comunidad de Antioquía, en momentos de dura persecución, se afirma que los cristianos «quedaron llenos de gozo y del Espíritu Santo» (cf. *Hch* 13,52).

En la vida del apóstol Pablo hay diversos momentos donde queda reflejada la intervención singular del Espíritu Santo. Así, por ejemplo, cuando se enfrenta al brujo Elimas, va lleno del Espíritu Santo: lo increpa y aquel hombre queda ciego (cf. *Hch* 13,8). En el desarrollo de su misión apostólica, Pablo, buscando evangelizar Asia (cf. *Hch* 16,6) y luego Bitinia (cf. *Hch* 16,7), viene impedido por el Espíritu Santo de dirigirse a una y a otra de estas regiones. Será, en cambio, conducido por Espíritu Santo a Macedonia (cf. *Hch* 16,6): durante un sueño, Pablo ve a un hombre de Macedonia que lo llama; el apóstol entiende el signo de Dios, y se dirige hacia Europa. Ahora no se le cierran las puertas, sino que se abren de par en par. Al final de su carrera misionera por los diversos rincones del Mediterráneo, en su camino hacia Jerusalén, los miembros de la comunidad de Tiro, movidos por el Espíritu Santo, tratan de impedir a Pablo continuar su viaje a Jerusalén (cf. *Hch* 21,4).

Esta presencia del Espíritu Santo se hace particularmente manifiesta en un momento sumamente crucial en la vida de las primeras comunidades cristianas, en el así llamado primer concilio de Jerusalén. A la comunidad de Antioquía llegan algunos judeocristianos de Jerusalén, enseñando la obligación para los miembros paganos que abrazan la fe en Cristo de circuncidarse, conforme a

la costumbre mosaica, de lo contrario, según ellos, no pueden salvarse (cf. *Hch* 15,1). Ante el debate creado en torno a esta disputa, los responsables de la comunidad deciden que Pablo y Bernabé y algunos de ellos suban a Jerusalén, donde los demás apóstoles y presbíteros, para tratar de resolver esta cuestión (cf. *Hch* 15,2). En la reunión –concilio– de Jerusalén, Pedro, tomando la palabra, les recuerda cómo Dios lo había elegido para llevar el anuncio del evangelio a los gentiles –caso del centurión Cornelio (cf. *Hch* 10,9-48)– y cómo Dios, conocedor de los corazones, dio testimonio en su favor comunicándoles el Espíritu Santo del mismo modo que lo había comunicado a ellos, sin distinción alguna (cf. *Hch* 15,7-9). La cuestión viene resuelta favorablemente en la acogida de los gentiles sin obligación alguna de abrazar la ley de Moisés y la circuncisión. Después de meditar y orar, y guiados por el Espíritu Santo, concluyen afirmando: «hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros no imponeros más cargas que éstas indispensables: abstenerse de lo sacrificado a los ídolos, de la sangre, de los animales estrangulados y de la impureza. Haréis bien en guardaros de estas cosas. Adiós» (*Hch* 15,28-29).

3. El Espíritu Santo en las enseñanzas del apóstol Pablo

a. Amonestación, imágenes y experiencia del apóstol

Antes de presentar las enseñanzas del apóstol Pablo sobre la presencia y el actuar del Espíritu Santo, mencionamos una amonestación suya, algunas de las imágenes que utiliza para hablar del Espíritu Santo y la experiencia personal suya.

La amonestación de Pablo es doble. Por una parte, reclama: «No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios, con el que fuisteis sellados para el día de la redención» (*Ef* 4,30); en segundo lugar, exhorta: «No apaguen el fuego del Espíritu Santo» (*1Ts* 5,19). El apóstol insiste en la necesidad para el cristiano de acoger al Espíritu Santo y de dejarse conducir por Él. Esta actitud es la que el Espíritu Santo desea encontrar. Lo contrario sería «entristecerlo» o «apagar su fuego».

Entre las imágenes que sirven al apóstol para expresar la presencia y acción del Espíritu Santo destacan tres. En primer lugar, el creyente en Cristo ha sido convertido en «templo del Espíritu Santo» y, por tanto, ya no se pertenece a sí mismo para vivir según la mentalidad del mundo y bajo el dominio de sus pasiones y del pecado (cf. *1Cor* 6,19). En segundo lugar, el Espíritu Santo es «arras» (garantía, parte y anticipo del destino a la gloria futura) y «primicias» (primeros frutos) de lo que se entregará al creyente en

Cristo (cf. *Ef* 1,14). Finalmente, el Espíritu Santo es «sello» con el cual el creyente ha sido marcado como pertenencia de Dios y no de ninguna creatura (cf. *Ef* 1,13; 4,30).

La experiencia de la acción del Espíritu Santo del apóstol Pablo queda reflejada durante su predicación a los corintios. El apóstol, consciente de que, sin la ayuda del Espíritu Santo, su misión evangelizadora no podría tener éxito alguno, no basa su predicación en artilugios de oratoria, sino en el Espíritu del Señor: «Y mi palabra y mi predicación no tuvieron nada de los persuasivos discursos de la sabiduría, sino que fueron una demostración del Espíritu y del poder» (*1Cor* 2,4).

b. Enseñanzas sobre el Espíritu Santo

(1) Como primera enseñanza sobre el Espíritu Santo, el apóstol señala la realidad de la presencia transformadora del Espíritu Santo en la vida del cristiano. Este divino espíritu no solo actúa a través del creyente en Cristo, sino que actúa en su mismo ser, habitando en él (cf. *Rm* 8,9; *1Cor* 3,16) y realizando en él la obra de la filiación adoptiva: «Porque la ley del espíritu que da la vida en Cristo Jesús te liberó de la ley del pecado y de la muerte. [...] Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre!» (*Rm* 8,2.15)⁵.

(2) Otro aspecto típico del Espíritu Santo recogido en las enseñanzas de Pablo es su relación con el amor, tanto hacia Dios como hacia los hombres. El apóstol enseña, por una parte, que el Espíritu Santo va conduciendo al cristiano hacia Dios hasta encontrarlo como un Padre bondadoso (cf. *Rm* 8,15-16; *Gal* 4,6). Pablo escribe así: «La esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido

⁵ BENEDICTO XVI, «Pablo, el Espíritu en nuestros corazones» (Catequesis del Santo Padre en la audiencia general del miércoles 15 de noviembre de 2006), *L'Osservatore Romano*, Edición semanal en lengua española, XXXVIII/46 (2006), p. 604: «Así pues, se ve claramente que el cristiano, incluso antes de actuar, ya posee una interioridad rica y fecunda, que le ha sido donada en los sacramentos del Bautismo y la Confirmación, una interioridad que lo sitúa en una relación objetiva y original de filiación con respecto a Dios. Nuestra gran dignidad consiste precisamente en que no solo somos imagen, sino también hijos de Dios. Y esto es una invitación a vivir nuestra filiación, a tomar cada vez mayor conciencia de que somos hijos adoptivos en la gran familia de Dios. Es una invitación a transformar este don objetivo en una realidad subjetiva, decisiva para nuestro pensar, para nuestro actuar, para nuestro ser».

dado» (*Rm* 5,5). Por otra parte, «el Espíritu nos estimula a entablar relaciones de caridad con todos los hombres»⁶.

(3) Otra enseñanza del apóstol sobre el Espíritu Santo es sobre el papel que juega como maestro de oración auténtica: «El Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables, y el que escruta los corazones conoce cuál es la aspiración del Espíritu, y que su intercesión a favor de los santos es según Dios» (*Rm* 8,26-27)⁷.

(4) Pablo nos enseña que el Espíritu Santo no es una teoría sino una experiencia. El Apóstol recurre a dos imágenes muy plásticas para intentar describir la experiencia del Espíritu. Dice que Dios da el Espíritu Santo como «arras» (cf. *2Cor* 1,22; 5,5; *Ef* 1,13-14)⁸ y como «primicias». Así se refiere al Espíritu Santo como «primicia» en la carta a los Romanos: «la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no solo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo. Porque nuestra salvación es en esperanza; y una esperanza que se ve, no es esperanza, pues ¿cómo es posible esperar una cosa que se ve?» (*Rm* 8,22-24). Para el apóstol los cristianos son como desterrados que anhelan alcanzar la patria definitiva; entretanto, Dios ha regalado la «experiencia» del Espíritu Santo como «primicias» de lo que tiene reservado. De igual modo, los primeros frutos del cultivo, que son las «primicias», causan una gran alegría en el campesino, pues anuncian la gran cosecha que se espera. Por consiguiente, la «primicia», que es el don del Espíritu Santo, permite intuir la felicidad que Dios ha reservado a sus hijos.

⁶ *Ibidem*: «El Espíritu nos sitúa en el mismo ritmo de la vida divina, que es vida de amor, haciéndonos participar personalmente en las relaciones que se dan entre el Padre y el Hijo. De forma muy significativa, san Pablo, cuando numera los diferentes frutos del Espíritu, menciona en primer lugar el amor: “El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz...” (*Ga* 5,22). Y, dado que por definición el amor une, el Espíritu es ante todo creador de comunión dentro de la comunidad cristiana, como decimos al inicio de la santa misa con una expresión de san Pablo: “La comunión del Espíritu Santo (es decir, la que él realiza) esté con todos vosotros” (*2Co* 13,13)».

⁷ *Ibidem*: «Es como decir que el Espíritu Santo, o sea, el Espíritu del Padre y del Hijo, es ya como el alma de nuestra alma, la parte más secreta de nuestro ser, de la que se eleva incesantemente hacia Dios un movimiento de oración, cuyos términos no podemos ni siquiera precisar. En efecto, el Espíritu, siempre activo en nosotros, suple nuestras carencias y ofrece al Padre nuestra adoración, junto con nuestras aspiraciones más profundas».

⁸ *Ibidem*: «el Espíritu, según san Pablo, es una prenda generosa que el mismo Dios nos ha dado como anticipación y al mismo tiempo como garantía de nuestra herencia futura (cf. *2Co* 1,22; 5,5; *Ef* 1,13-14)».

(5) Pablo recuerda en sus enseñanzas que el Espíritu Santo otorga sus dones en la vida del cristiano: «En cuanto a los dones espirituales, no quiero, hermanos, que estéis en la ignorancia» (1Cor 12,1). La palabra griega *charísma* significa «regalo», en este caso un don o regalo que Dios concede al individuo sin ningún mérito de su parte. El apóstol Pablo, en la primera carta a los Corintios, cap. 12, especifica que a cada uno les es dado una manifestación particular del Espíritu Santo para el bien común (cf. 1Cor 12,7); más adelante añade que el Espíritu Santo da a cada persona según le parece (cf. 1Cor 12,11). En la carta a los Efesios, cap. 4, Pablo recuerda que los dones son otorgados para el cumplimiento del «ministerio» –servicio– encomendado (cf. Ef 4,11-12). Pero los dones son dados para «edificación» de la Iglesia (cf. Ef 4,12) y también para la «maduración espiritual»: «hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo» (Ef 4,13).

(6) Otra enseñanza del apóstol sobre el Espíritu Santo se refiere a los frutos que produce en la persona que lo deja obrar en su vida. En Gal 5,22-23 enuncia las virtudes que caracterizan la vida del creyente como fruto de la presencia del Espíritu Santo en él: «En cambio el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí; contra tales cosas no hay ley». El Espíritu Santo se manifiesta en el individuo que se deja conducir por Él por medio de frutos de santidad.

(7) Como una última enseñanza del apóstol está su exhortación a «vivir según el Espíritu y no según la carne»: «Si vivís según el Espíritu, no daréis satisfacción a las apetencias de la carne. Pues la carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contrarias a la carne, como que son entre sí antagónicos, de forma que no hacéis lo que quisierais. Pero, si sois conducidos por el Espíritu, no estáis bajo la ley» (Gal 5,16-18). Ante el dilema de dejarse guiar por el Espíritu o por la carne, el apóstol invita a abrazar una vida según el Espíritu. Quien guía sus pasos por el Espíritu, caminará hacia una vida de santidad; pero, si rehúsa la guía del Espíritu, caerá en el dominio del pecado: «el que siembre en su carne, de la carne cosechará corrupción; el que siembre en el espíritu, del espíritu cosechará vida eterna» (Gal 6,8). En la carta a los Corintios, el Apóstol recuerda que, quien no es «espiritual» y se deja llevar por los criterios de este mundo, no podrá captar las cosas –las inspiraciones– del Espíritu (cf. 1Cor 2,14).

Conclusión

A modo de conclusión, ofrecemos una breve recapitulación de los puntos relevantes de cuanto expuesto a lo largo del artículo sobre la presencia y acción del Espíritu Santo.

a) El artículo inicia resaltando la diferencia en la manifestación del Espíritu entre ambos testamentos. Mientras que en el Antiguo Testamento el Espíritu Santo se manifiesta en individuos específicos para cumplir misiones particulares, en el Nuevo Testamento, especialmente en los evangelios y las cartas del apóstol Pablo, su acción es más amplia y universal.

b) En la vida de Jesús encontramos diversos momentos particulares de la presencia y acción del Espíritu Santo. Está presente en la concepción de Jesús y en varios eventos relacionados con su infancia, como la reacción de Isabel ante la presencia de María embarazada y la profecía de Simeón ante la presentación del Niño Jesús en el Templo. Al inicio de la vida pública de Jesús, el Espíritu lo conduce al desierto para ser tentado, se manifiesta en su bautismo y es el equipamiento para su misión. En los momentos de la última cena y en el tiempo pascual, Jesús promete y otorga el Espíritu Santo a sus discípulos como un consolador y guía tras su partida.

c) El Espíritu Santo ocupa un lugar central en las primeras comunidades cristianas: la efusión del Espíritu en Pentecostés impulsa la misión evangelizadora de los apóstoles y los primeros cristianos. Como modalidades de la acción del Espíritu Santo, se indican su intervención como juez, maestro y testigo, guiando a los creyentes hacia la verdad y fortaleciendo su misión.

d) El apóstol Pablo presenta al Espíritu Santo como fundamental para la vida cristiana, un don de Dios que transforma y guía a los creyentes, equipándolos para cumplir su misión y vivir en santidad.

En todo lo expuesto, queda resaltada así la importancia central y la necesidad del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia y de cada uno de sus miembros.